

El Cormorán y la pequeña piedra

Carlos Duro

Dedicatoria:

A todos aquellos que me recomendaron buenos libros para leer. Para ellos mi eterno agradecimiento

Nota para lectores poco familiarizados con La Región.....7

LIBRO PRIMERO

PRIMERA PARTE:13
SEGUNDA PARTE:87

LIBRO SEGUNDO

PRIMERA PARTE:218
SEGUNDA PARTE:370

LIBRO TERCERO

PRIMERA PARTE:584
SEGUNDA PARTE:690

EPÍLOGO.....869

NOTA PARA LECTORES POCO FAMILIARIZADOS CON LA REGIÓN DE LANTA:

Flora y fauna de las zonas que se describen en esta historia son distintas a las que conocemos. Pero como resultaría engorroso narrar las peripecias del Cormorán nombrando a cada cosa según su denominación en su lengua nativa e ir traduciendo luego el vocablo al castellano, se entendió que sería mucho más práctico “traducir” plantas, animales y objetos usando los nombres de sus equivalentes más cercanos en nuestra cultura. Así, si se menciona un tomate, debe entenderse que no nos referimos a la drupa oriunda de mesoamérica, sino a una cosa muy parecida, igual de sabrosa, y con el mismo color y uso gastronómico. Los lobos son muy parecidos a nuestros lobos también, y tanto, de hecho, que sería una pérdida de tiempo el entretenerse describiendo las escasas diferencias entre ambas especies.

Por otro lado, aquellas veces en que se escribió sobre algo muy específico de aquellas tierras, algo que no tenía parangón en nuestras culturas o cuya importancia fuese relevante para comprender el argumento (como las túnicas de La Región Nueva, por ejemplo, la forma de nombrar a las personas o las cornamentas equinas), entonces sí se abundó en detalles o en descripciones.

En lo que respecta a unidades de medida, no fue necesario traducir los nombres, ya que los usados en los sistemas conocidos por nuestros lectores, al igual que los de los Reinos, corresponden al mismo patrón, que es el cuerpo humano. Los nombres son apenas variaciones sobre las denominaciones de dicha anatomía, y las medidas de estos sistemas no pueden diferir demasiado: un brazo de La Región es el largo entre las puntas de los dedos medios de los brazos extendidos de un hombre (más o menos 1.3mts), un paso cosa de ochenta centímetros, un codo 30, y el “millar”, un millar de pasos (800 metros, poco menos de un kilómetro nuestro). Merecen una aclaración especial los pesos y medidas, ya que no tienen una referencia al largo del meridiano planetario -como nuestro sistema métrico decimal-, sino a un parámetro difícil de traducir a nuestra experiencia. Cuenta la historia que Aldentanbar bel Irister, Rey del Universo (monarca apenas, en realidad, del pequeño y provinciano reino conocido como Reino Oriental, y padre del malhadado rey

Dientes de Cerdo) se hartó definitivamente de los fraudes y estafas cometidos con pesos y volúmenes en el comercio de su reino. Ocurrió aquel triste día en que las veinte arrobas de oro que compró para confeccionar monedas resultaron ser arrobas “según se entendía en la zona norte” y no arrobas orientales –debiendo pagar el precio convenido, por supuesto, pero recibiendo a cambio casi un 25% menos de oro de lo esperado-. Estadista científico y previsor, abonó cumplidamente lo estipulado por el oro, comprendió que las confusiones seguirían mientras no existiese un sistema oficial de pesos y volúmenes referido a un único patrón, mandó decapitar al mercader prolijo en unidades de medición y, una vez limpio, desollado y lleno de plomo su cráneo, sumergió ante toda su corte la blanca calavera en un recipiente colmado de agua hasta el borde. Al volumen de agua que rebalsó y que se recogió cuidadosamente se lo denominó “cabeza” –a fin de que nadie olvidase lo interesante que puede volverse el tratar de ganarle en los negocios a un monarca absoluto-, y se construyeron recipientes que contuvieran exactamente dicho volumen. Esos recipientes –marcados con el Sello Real y con la terrible divisa de Lanta (“LA VERDAD ES INEXORABLE”)- fueron luego distribuidos a todos los gobernantes menores y pueblos del reino (de hecho, se entregaban gratuitamente a todo comerciante o fabricante que los solicitara), con instrucciones precisas acerca de cómo medir, qué medir, y qué le pasaría al que tratase de modificar el recipiente patrón. También se fundieron y sellaron pesas cuyo peso equivalía a una cabeza de agua, y a sus fracciones decimales (porque en todas partes, desde que los seres humanos tienen diez dedos, lo razonable pareció ser siempre la numeración decimal). Una “cabeza” resultó ser poco menos de litro y medio nuestro, y una “cabeza” en peso, por supuesto, casi un kilo y medio. El sistema resultó ser tan claro y sencillo (amén de ejemplar) que fue adoptado casi de inmediato por todos los reinos linderos. Y en caso de que alguna vez surgiesen dudas con respecto a cuánta agua es exactamente una “cabeza”, Aldentanbar ordenó que el cráneo patrón se conservara en una vitrina de cristal, precisamente en la puerta de ingreso a la Tesorería Real, desde donde aún hoy en día sigue advirtiendo a los audaces sobre el riesgo del fraude, y sobre la clemencia a esperar de los reyes de oriente en lo que a asuntos financieros se refiere.

En un cartelito dorado, debajo del rostro descarnado de la calavera, se lee también, (para que cada cual lo entienda como guste) la vieja divisa lantana.

“LA VERDAD ES INEXORABLE”-

Hay innumerables religiones y creencias en el continente, (que no corresponde describir en un breve prólogo), pero sí vale la pena detenerse brevemente en la de la Región en sí, a modo de aclaración para algunos vacíos que el perplejo lector pueda encontrar en la narración.

La gente de la Región no cree en un dios bueno y un demonio malo. Asumen (de una forma un tanto vaga) que existe un Poder superior, creador y administrador del universo, conocido generalmente como Atof. Atof no es ni bueno ni malo, sino apenas un ser que, pese a ser todopoderoso, es esencialmente humano (esto es, un sujeto que es amable cuando las cosas andan bien, y un soberano bastardo cuando no). Y no creen que sea particularmente inteligente tampoco. De esa forma, la creencia general es que, para que el dios gobierne el universo de una manera cordial, los humanos deben hacer las cosas de tal manera que él se sienta cómodo y a gusto, y ayudarlo a entender algunos problemas sencillos cuando se dan cuenta de que al pobre no le da la cabeza para hacerlo por sí mismo. Hacer bien el propio trabajo, por ejemplo, mantener bonito el jardín, tener los botes pintados y reparados, cocinar lo mejor posible, etc., son consideradas formas de mejorar el Cosmos y, por lo tanto, también de colaborar con Atof y de tenerlo contento. La plegaria, en la Región, consiste en hacer las cosas bien. Romper, descuidar, derrochar, estropear las cosas, o simplemente hacerlas de manera chapucera se considera una peligrosa forma de enfadar al dios y de acarrear sobre uno mismo sus iras (Nótese que hay un fundamento muy razonable para esta forma de entender la liturgia: siendo la gente de La Región esencialmente trabajadores, y no místicos, entendían el Universo desde la perspectiva del trabajo. Sabían, por lo tanto, que no existe eso de “hacer algo y ya está”. Sabían que el trabajo de construir siempre está seguido por el largo y tedioso oficio de mantener lo hecho, y asumían, lógicamente, que el Creador de Todo no descansaba jamás, sino que se pasaba la eternidad atareado reparando, reconstruyendo y acomodando los

daños que el tiempo le hacía al Cosmos. Un sujeto perezoso, descuidado o torpe solamente le agregaría más trabajo al dios, y los regionarios sabían por experiencia que no hay nada que ponga de peor humor a un trabajador que el que le traigan más trabajo del que ya tiene.

Hay muy poca liturgia, claro. Están las fiestas sacras, por ejemplo, que nunca fueron cuestionadas filosóficamente porque, necesarias para el dios o no, no dejan de ser días no laborables en los que se come, se bebe y se baila mucho, y nadie quiso jamás perderlos por estúpidas objeciones metafísicas. Se fundamentan en que una buena fiesta (una que alegre a todo el pueblo) necesariamente debe alegrar también a un dios interesado en nuestros asuntos, y sólo puede redundar en provecho para todos. Cada dos meses, más o menos, caía una de estas celebraciones en honor a Atof, y se trataba de contaminarlas lo menos posible con temas serios como la religión y la moral, ya que se entendía que dichos temas no sólo apagaban la fiesta, sino que debían resultar aún más aburridos de escuchar para un dios que para la gente común.

Cuando las cosas, por otro lado, se ponían mal (cuando había enfermedades, tormentas, naufragios, accidentes, ladrones, etc.) la creencia ancestral era que Atof estaba distraído en alguna otra cosa, o que simplemente estaba siendo torpe. Los Lantanos (o Regionarios, como se los llamaba últimamente) se enojaban con Atof, lo retaban, lo maldecían y le exponían explícitamente sus errores y las razones por las cuales ellos consideraban que, como dios, se estaba portando como un idiota (Muchos pueblos consideraban esta forma de pedir ayuda como sumamente peligrosa y falta de toda efectividad, pero los Lantanos se encogían de hombros y citaban estadísticas que probaban que, si bien su método no era infalible, no era tampoco peor que el de los que se arrodillaban e imploraban misericordia a sus dioses).

Por supuesto tampoco hay clero ni jerarquías religiosas, asumiéndose que los que más saben del asunto (o que disponen de más tiempo libre para perder con él) son los ancianos, siendo ellos a quienes se les encarga la organización de las fiestas sacras o los reclamos a Atof.

Esto nos lleva finalmente a entender por qué, en el diálogo cotidiano, no existen expresiones de sorpresa o alivio dirigidas al dios

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

